

## SEMBLANZAS DE DOS BIBLIOTECARIOS\*

por

ANGEL CANELLAS

Dos ilustres aragoneses unidos en vida por la misma profesión y relacionados especialmente con dos instituciones culturales de solera zaragozana, la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis y la Institución «Fernando el Católico», van a ser objeto de una breve semblanza de parte mía, cumpliendo encargo honroso de ambas instituciones: los ilustres señores don Luis Ximénez de Embún y Cantín y don Mariano Burriel Rodrigo\*. Uno y otro me regalaron su amistad, cultivada a lo largo de bastantes años, y de uno y otro recibí con su trato lecciones tan valiosas como las que uno alcanza de sus propios padres y profesores.

Por puro pretexto cronológico inician estas semblanzas de dos bibliotecarios, la de don Luis Ximénez de Embún, nacido en Zaragoza en 11 de mayo de 1893: era oriundo de linajuda familia de La Alumunia de Doña Godina; su padre, don Juan, fue uno de los organizadores del Archivo Histórico Nacional de Madrid y su tío don Tomás cronista de la ciudad de Zaragoza y su archivero municipal. Ambos condicionaron sin duda la vocación de don Luis, quien tras cursar los estudios de Filosofía y Letras en Madrid ingresaba a los veintidós años de edad en el cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, como por entonces se denominaba.

Un proemio a su discurso de ingreso en la Real Academia de San Luis, en singular estilo literario, pues sin duda al redactarlo olvidó don Luis su habitual sequedad, resumía muy bien en un tríptico la personalidad del académico; decía así: «Una tradicional dedicación a los estudios históricos en eruditos miembros de mi apellido, una sincera preocupación por los mismos recrecida a lo largo de una dilatada vida profesional, un honroso puesto como custodio de los tesoros documentales del municipio cabeza del antiguo reino de Aragón, son los tres títulos principales que importa presentar al frente de mis credenciales».

---

\* Texto de las semblanzas leídas en solemne sesión necrológica, en Zaragoza, el 16 de marzo de 1978.

Ximénez de Embún, tras muchos años de peregrinación profesional por otras tierras, volvió a Zaragoza al comenzar el decenio de los años cuarenta: venía de cumplir su cometido en Asturias. Figura esbelta, siempre elegante sin necesidad de artificioso atildamiento, aficionado a tertulias de café, se incorporó a la que reunía en el desaparecido «Niké» en la calle de Requeté Aragonés a un grupo de personas vinculadas con las letras y la docencia; también allí conectaría con otros estamentos profesionales a los que unía la común devoción del espectáculo del balompié y la ritual servidumbre de rendir pleitesía cada quince días, durante la temporada de la liga nacional, al equipo del Zaragoza en las «playas» de Torrero.

Los primeros pasos por Zaragoza, de la que Ximénez de Embún faltaba muchos años, se consagraron a la docencia y a su condición de archivero. La docencia fue ejercida en el Instituto Femenino «Miguel Servet» por entonces aún ubicado en la vieja calle de la Universidad, como profesor auxiliar de Geografía e Historia. Pero su vocación y profesión preferida fue la de archivero-bibliotecario. Ingresado al servicio del Ayuntamiento de Zaragoza desde 1944, vino a ocupar el puesto en que su pariente don Tomás había desempeñado ingente labor. En teoría todo estaba ya realizado en aquel archivo; pero circunstancias que no es momento detallar, determinaron la necesidad de una revisión a fondo de la clasificación y orden de las varias riquezas contenidas en este depósito histórico municipal. Los arreglos archivísticos de don Tomás, los ulteriores de don Manuel Abizanda, las ocasionales en momentos anímicos difíciles del maestro Giménez Soler, las ayudas singulares de maestría y buen gusto de Eugenio Varela, habían desfigurado un tanto y en pocos años las viejas unidades de los fondos históricos del archivo: Don Luis Ximénez de Embún con su discreción y atención a consejos de quienes podían dárselos, llevó a cabo la puesta a punto de toda la documentación para investigadores deseosos de consultar los fondos históricos de tan compleja institución; hubo que redistribuir con manuscritos adventicios, la documentación cancilleresca real, eclesiástica y privada recibida por sucesivas municipalidades desde los lejanos días de la conquista de Zaragoza por Alfonso I, poner a punto la serie de los interesantísimos libros de acuerdos, de cridas o pregones, de ordenanzas y demás estatutos municipales, el singular fondo del archivo del general Palafox, las ingentes colecciones de impresos, en especial la rica hemeroteca local, y por supuesto atender a la vez las exigencias del archivo vivo, mastodóntico fondo en creci-

### *Semblanza de dos bibliotecarios*

miento diario y que el archivero recibe, custodia y sirve constantemente a los gestores del municipio.

Puedo dar testimonio personal del amor de Ximénez de Embún por el archivo de la ciudad de Zaragoza: durante una lejana etapa en que me cupo servir una concejalía, constaté directamente su preocupación por mejores instalaciones y servicios, sus buenas iniciativas —desgraciadamente interrumpidas— para la creación del archivo fotográfico de la ciudad, recordatorio de edificios y gentes en trance de desaparecer, la non nata galería de concejales recordados en permanente serie icónica, sus desvelos por adquirir libros y aun manuscritos relacionados con Zaragoza, dentro de límites presupuestarios. En su tiempo, el concejo regidor, tuvo como idea clara que a semejanza del municipio medieval, secretario, interventor y archivero eran tríptico básico del funcionamiento administrativo, lo que se tradujo para el archivero incluso en tratamiento económico congruente a su categoría.

Ximénez de Embún conocía perfectamente su profesión facultativa e intuyó algunas de las necesidades que demandaban los nuevos tiempos: cuando se redacte una historia objetiva de la política bibliotecaria de los decenios cuarenta y cincuenta en nuestro país, se subrayarán sin duda los particulares méritos de este amigo, que desde su puesto provinciano impulsó ideas de ámbito nacional. A Ximénez de Embún se debe la creación del Centro coordinador de bibliotecas de nuestra provincia y de la Biblioteca pública de la ciudad, con fórmulas técnicas y reglamentos administrativos que sirvieron en aquellos años de modelo para la empresa del Servicio Nacional de Lectura. Mereció don Luis ocupar altos puestos en estos organismos, pero se contentó con detentar la inspección de bibliotecas de la zona noreste de España y desempeñar con gran energía y caudal de iniciativas una vocalía de la Junta técnica nacional de archivos y bibliotecas. Fue pues merecida la concesión nacional de la encomienda de la Orden civil de Alfonso X el Sabio; y a su infatigable energía para llamar la atención de las coporaciones zaragozanas provincial y municipal en materia de bibliotecas, deben ambas que en sus banderas luzcan sendas corbatas de aquella orden.

Hay que destacar la importante tarea de Ximénez de Embún desde la dirección del Centro coordinador de bibliotecas de la provincia de Zaragoza: no se contentó con implantar depósitos de libros en varias cabeceras comarcales o con su drástica renovación de la red de bibliotecas populares de la ciudad de Zaragoza: supo además incorporar a su obra auxiliares de primera fila que

siempre procuró seleccionar entre aventajadas personas licenciadas en Filosofía y Letras. Pero ante todo, será el funcionario ducho en la problemática de las bibliotecas y en su traducción al lenguaje administrativo de los reglamentos y los presupuestos financieros. Organizó algún cursillo de alto nivel sobre bibliología, renovó a fondo las instalaciones de la biblioteca central sita en la plaza de José Antonio y por supuesto supo captar singular favor de las autoridades provinciales y locales, a las que interesó en la puesta a punto de una amplia y generosa política cultural bibliotecaria.

Pero no menos dignos de mención son otros aspectos profesionales de don Luis: así, gozaba Ximénez de Embún de prestigio en el foro judicial zaragozano por sus meticolosos informes periciales caligráficos: era de la antigua escuela, tal vez poco efectista en formalismos, pero de gran seguridad en los juicios: su ojo clínico —especialmente para falsificaciones y adulteraciones— era de excepcional perspicacia. No intervino en peritajes sonados, pues tampoco hubo en su tiempo ocasión para ello en Zaragoza, pero cuidó con meticulosidad ejemplar cuantos dictámenes le fueron solicitados, en su mayor parte de oficio y por tanto gratuitos.

Pero en este acto conmemoramos su personalidad como académico de la de Nobles y Bellas Artes de San Luis y como consejero que fue de la Institución «Fernando el Católico», y es justo exponer algunas consideraciones sobre tales desempeños.

Propuesto para académico de la de Nobles y Bellas Artes de San Luis, se le asignó un puesto de erudito; su promoción a la Academia fue en junio de 1950 y desde 1953 iba a detentar la medalla núm. 16 heredada del académico don Francisco Izquierdo Troll. Incardinado en la sección de arquitectura, su discurso de ingreso leído en 1.º de mayo de 1955 versó sobre «La Aljafería y las alteraciones de Aragón». La ocasión del tema será brindada al adquirir el ayuntamiento de Zaragoza con destino a su fondo histórico, un importante manuscrito ofrecido en librería de lance de Madrid y cuya adquisición avaló el que redacta esta semblanza como concejal delegado de cultura del municipio. Contiene unos apuntamientos misceláneos, muy útiles para el estudio del polémico siglo XVI zaragozano; y entre ellos figura una información de primera mano para estudiar la peripecia del artillamiento del castillo de la Aljafería, desde cuya cota dominante Felipe II pudo militarmente prevenir cualquier intento de sublevación de nuestra ciudad: pero el artillamiento de la fortaleza supuso enmascarar casi por completo los viejos palacios musulmán y cristiano, origi-

### *Semblanza de dos bibliotecarios*

nados ya desde el siglo XI al amparo y apoyo de la antiquísima torre defensiva conocida hoy por la del Trovador. Apareció por entonces una estupenda colección de diseños guardados celosamente en el archivo de Simancas, que editaría Ximénez de Embún en su discurso y que plasman el estado primitivo y los arreglos propuestos por el arquitecto italiano del siglo XVI encargado de artillar la Aljafería. Estos diseños han sido trascendentales, porque lo que hoy día a más de uno parece fantasía infantil puesta en la restauración de la Aljafería, está atestiguado puntualmente como realidad viva aún en el siglo XVI, cuando los cañones filipinos callaron el viejo romance navarro-aragonés, desdibujaron las tradicionales libertades políticas de Aragón y empalidecieron la personalidad recia de este reino.

Ximénez de Embún también fue requerido en el año 1948 para consejero de la «Institución Fernando el Católico», pero sus ocupaciones permanentes en inquieta cuando no tormentosa política bibliotecaria —no siempre bien comprendida por las autoridades centrales del ramo— le hicieron posponer su participación efectiva en las tareas corporativas y a petición propia en 1966 pasó a ocupar un puesto de consejero de honor. Este apartamiento paulatino de algunas funciones públicas tiene su clave humana: don Luis Ximénez de Embún salvo para los amigos —y éstos no fueron demasiados— fue hombre muy enérgico para mantener una radical dicotomía entre su personalidad pública y su vida privada. Esta fue —como era de esperar de acorde con su particular concepción del mundo— extremosamente celada, reservada a su mismidad. La vida no siempre es lecho de rosas sin espinas y don Luis no fue excepción a esta servidumbre con que la Providencia pone a prueba a las personas; personalmente admiré y respeté —y creo que así hicieron sus contados amigos— la fortaleza hercúlea de Ximénez de Embún para separar su bien hacer público de su peripecia humana privada, y por privilegio especial, que siempre agradecí, me consta del tacto con que procuró superar muchas dificultades, templar su natural enérgico que algunos tendrían por destemplado, y hacer frente a las vicisitudes íntimas de su dinámica personalidad, siempre atemperada por el señorío innato de su talante.

\* \* \*

Mariano Burriel Rodrigo o la discreción podría ser el lema liminar de su semblanza. Hoy conmemoramos en su persona la

doble faceta de Académico de la de Nobles y Bellas Letras de San Luis y la de consejero de número de la «Institución Fernando el Católico». Pero a ambas condiciones llegaría Burriel a través de una dilatada vida de servicios al prójimo. Rehuyo por supuesto glosar su misión y actividad como sacerdote católico que en otras ágoras y si no en el más allá serán encomiadas, y trato sobre todo de presentar de su personalidad aquello que fue patente a cuantos le conocieron y trataron: su sencillez, su pronto servicio a cuantos se lo demandaban, su generosa participación en regalar a los demás sus muy varios y eruditos saberes.

Mariano Burriel, turolense de Anadón, había nacido en 22 de septiembre de 1894 y salió del ambiente familiar para encaminarse por nuevos derroteros vitales gracias a su ingreso en el seminario menor existente en Belchite los años 7 a 11 de este siglo, cuyos estudios completaría en la entonces Pontificia Universidad de Zaragoza durante los años 11 a 19. Perteneció a aquellas primeras generaciones de sacerdotes que creyeron oportuno combinar sus estudios eclesiásticos con licenciaturas civiles. Así Burriel cursó la carrera de Filosofía y Letras en Zaragoza y Madrid, y sobre esta plataforma unió a su condición sacerdotal la de funcionario del estado ingresando en el cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos en agosto de 1922.

Los que tratamos a don Mariano sentimos curiosidad por imaginarlo en su primer destino de funcionario, desarraigado de Aragón, sirviendo la dirección de Museo arqueológico de Cádiz durante un trienio. No había en aquellos tiempos las fáciles movi- lidades administrativas actuales: fue por ello casi providencial que Burriel lograra acercar su destino a su tierra, y durante nueve años regentó el archivo de la Delegación de Hacienda de Huesca. Esta fue sin duda una etapa importante en su vida: imaginémosla anudando lazos importantes con otros sacerdotes funcionarios, con un Basilio Lafn catedrático de latín al que tanto quiso y acompañó en sus últimos años, al entonces joven, protéico y arrollador profesor Galindo Romeo a quien de hecho juró fidelidad perenne y auxilio sin desmayo en tantas decenas de empresas iniciadas por nuestro magnífico paisano, a la figura singular del granadino Ricardo del Arco que olvidó su tierra y fue el erudito oscense medular que todos hemos conocido y aprovechado.

Pero Burriel, en el año 34 al fin recalaría en Zaragoza, también al servicio del Archivo de la Delegación de Hacienda. Si hay

### *Semblanza de dos bibliotecarios*

algo duro para un archivero de aquellos tiempos acostumbrados a la erudición sustancial de medievalistas, era sin duda el servicio de un archivo de hacienda; pero para Burriel fue experiencia importante porque curtió en la monotonía de los fondos hacendísticos su paciencia, su bien hacer, poniendo poesía en el acabado de sus fichas y catálogos de legajos que por su contenido tan poca tienen. Y este curtiente más adelante daría sus óptimos frutos.

Comisiones sin cuento fueron lloviendo sobre Burriel: la secretaría de la Junta provincial de cultura histórica del tesoro artístico de Zaragoza en 1937, otra secretaría del patronato provincial de bibliotecas desde 1939, un servicio de recuperación bibliográfica en los años duros de nuestra guerra civil, la organización de la Exposición bíblica de Zaragoza en 1940 de tan grato recuerdo e impacto, etc., etc. Y no menos ejemplar será su paciente servicio a numerosas alumnas de los primeros cursos de la enseñanza media en el Instituto «Miguel Servet» de Zaragoza como profesor auxiliar: fue de los últimos profesores que impartieron gramática al modo de Nebrija, y eso sí, con paciencia infinita y comprensión humana para discipulaje tan joven.

En el año 42 recalaría al fin en la Biblioteca Uniersitaria de Zaragoza al frente de su dirección. Esta Biblioteca fue otrora un cenáculo de quehacer permanente y eficaz: ilustres bibliotecarios consumieron sus jornadas de trabajo, clasificando, catalogando, facilitando la consulta de ricos fondos que nuestra Universidad coleccionó merced a legados públicos y particulares muy suculentos: ante todo sus manuscritos ricos en antigüedad y rareza como un himnario del siglo x probablemente escrito en el monasterio de San Julián y Santa Basilia, en pleno Pirineo jacetano cuando el topónimo de Aragón sólo sonaba asociado al río y la canal de Berdún era modesto condado del reino pamplonés, el más viejo de los hispanos orientales; ricos otros manuscritos por su validez de siempre como los relativos a nuestros fueros y observancias y sus comentaristas o referentes a crónicas y nobiliarios aragoneses; sus casi trescientos incunables y por supuesto sus millares de impresos, verdadero mar con perlas singulares desde la gramática de la lengua guaraní de Montoya a los viejos ejemplares de patrística latina impresos en los siglos XVI y XVII, o la riquísima colección de revistas de erudición humanística. Pues bien: estos manuscritos, incunables e impresos fueron pastos cultivados y celosamente administrados por bibliotecarios como Burriel, bibliotecario hecho todo orden, todo

*Angel Canellas*

horas sobre horas consumidas en su despacho, todo él servicio amable y orientador de lectores, sin importarle se tratase de un novelísimo estudiante de primeros cursos o de un empaquetado erudito. Hoy día, las igualadoras máquinas de escribir y xerocopiadoras van vertiendo en uniformes grafías cientos de papeletas que hasta hace poco fueron testigo autográfico del quehacer personal de Burriel y sus colegas bibliotecarios.

Su condición sacerdotal hizo que sucesivos prelados zaragozanos acudieran a su saber bibliotecario para problemas específicos diocesanos: cuantas horas no consumió Burriel en su dilecto archivo diocesano zaragozano, uno de los más ricos, desconocidos e inaprovechados tesoros de nuestro pasado local! Imaginen a Burriel, los que le conocieron, sin abandono jamás de sus vestes sacerdotales, con su diminuta talla y fuerzas proporcionadas a sus años, trepando por inverosímiles escaleras de mano de doce y más metros hacia estanterías no muy seguras, cargadas del ingente peso de legajos bien guarnidos de polvo secular, siempre bajo la amenaza latente de un desplome general y una perniquebra y aun ahogo bajo el peso de tanta historia hecha legajo administrativo, como le pasó al héroe erudito de Anatole France; y esta labor realizada sin prácticamente ayuda alguna, más bien con gastos personales irrecompensados para combatir tanto polvo y sudor propio; y tras este tráfago digno de carguero portuario, la paciente lectura, clasificación, encamiso de legajos, y al fin el inventario de lo que era un pandemium.

Y Burriel llegará al climax de su bien hacer cuando los folios limpios y claros, convincentes, de su inventario, no se sepulten en recóndito expediente, sino que estén prontos a ser consultados por el «quidam» que llegue, pregunte y sepa así en breves minutos lo que a Burriel costó muchas horas de esfuerzo físico e intelectual para exhumarlo del maremagnum en que lo halló. ¿No es esto caridad intelectual, cuando por contraste tantos eruditos celan incluso nimiedades al saber de sus prójimos?

Siempre estuvo listo para colaborar en la empresa ajena: el fallecido académico Izquierdo Troll o monseñor Galindo, por citar sólo dos ejemplos de peso, supieron de la presteza de Burriel para acudir a las llamadas recibidas para colaborar en ordenar, clasificar y aclarar problemas —algunos muy complejos— en relación con archivos y bibliotecas aragoneses: no basta exclamar ¡Aragón! ¡Aragón! es preciso dar trigo día a día cada cual desde



### *Semblanza de dos bibliotecarios*

su quehacer y saber, y mucho mejor en generoso silencio; y esto es lo que hizo Burriel.

La revista «Teruel», a la que se dio en alma y cuerpo, fue enriquecida con algunos de sus estudios sobre temas relacionados con su tierra de nacimiento: sirvan de ejemplo su artículo sobre «La erección de la diócesis de Teruel», y sus «Escritores y libros de la provincia de Teruel». Y quede también testimonio de que en su sotana sacerdotal lució la oportuna cruz de la orden civil de Alfonso X el Sabio desde 1951.

Pero también Mariano Burriel viene ahora a nuestro recuerdo en su doble condición de académico de la Real de San Luis y de consejero de número de la Institución «Fernando el Católico». Justo es pues una referencia a ambas circunstancias.

El académico de San Luis ostentó la medalla 11 de tan docta corporación, tras su elección un 12 de diciembre de 1954: un 23 de octubre del siguiente año haría la entrega obligada de su discurso de ingreso, que fue leído en solemne sesión académica en 8 de abril de 1956. Consignamos fechas concretas por ser exponente de una manera de incidir en el tiempo el modo de trabajar de Burriel, su «festina lente» que dio a toda su obra —como funcionario, académico y aun amigo— seguridad plena en los frutos. El tema de su discurso académico, muy en consonancia con sus aficiones y profesión, se dedicó a «Un bibliotecario del siglo xvi, defensor de las preeminencias del Pilar: el canónigo Llorente». Burriel estaba bien preparado para abordar el estudio de la personalidad de Bartolomé Llorente: sus conocimientos en lenguas clásicas, su sólida preparación en ciencias eclesiásticas, su discreción para no herir aun al cabo de siglos las viejas rencillas que otrora enfrentaron a ambos cabildos zaragozanos en materia de preeminencias y catedralidad respectivas. Conocía Burriel bien el archivo del Pilar, en el que por casi todos sus armarios rezuma en mano autógrafa de su biografiado Llorente nota y más nota que apostillan los viejos pergaminos y los papeles pilaristas. No menos conocedor competente era Burriel de la biblioteca capitular de La Seo, que así se llama ahora por su ubicación, aunque sus fondos en verdad proceden en gran parte de cultísimos canónigos en otros tiempos adscritos a Santa María del Pilar: así en La Seo se conservan aun numerosos manuscritos y apuntamientos de Llorente, muy respetados tras un desgraciado saqueo de nuestros días, tal vez por guardarse en armario que oculta el retrato de un prelado zaragozano.

El discurso de Burriel, aunque impreso, se ha divulgado poco,

fenómeno común a todas academias; pero es punto de partida imprescindible para ulteriores estudios sobre Llorente, sobre el impacto clasicista en Zaragoza, sobre el helenismo local, sobre temas inéditos de la historia eclesiástica de nuestra ciudad y de Aragón. Mucho se habla de aunar la región, pero sin buscar las raíces es empeño huero, y Llorente y su estudios históricos son piezas capitales en la empresa. Algún día el sarampión cuantitativo lanzado sobre la investigación de nuestro pasado, la monótona cuenta de nacidos, casados y difuntos, la no menos árida definición, pesado y medida contable de cahices de cereal, de viñas, olivos y pelillos de azafrán, se aquietará en su justo valor, y cual ave fénix reverdecerá en favor de la historiografía de ayer y de siempre, la del espíritu que movió a tantas generaciones aragonesas; y ese día, la historia de importantes núcleos protagonistas del pasado, como fueron los de la clerecía, lucrará rica información en notas eruditas como las legadas por Llorente. Burriel, académico, desde su sillón sirvió a la academia con buen ánimo: fue bibliotecario, tal vez de los últimos pues los fondos bibliográficos de los académicos se han diluido en el mar de otra biblioteca contemporánea.

También se contó con Mariano Burriel en los consejos de la Institución «Fernando el Católico». Mantuvo en ellos la misma postura discreta, amable y oportuna de la que hay testimonio impreso en afectuoso panegírico redactado hace unos años por el fallecido marqués de Lacadena, cuando citaba el papel de Burriel en las tertulias eruditas que frecuentaron el domicilio del desaparecido prócer. Pues Burriel fue hombre de discretos silencios, que tuvieron una singular contrapartida, que es justo comentar: prefirió escribir a hablar. De su paradigmático Bartolomé Llorente asumió Burriel cierta grafomanía. Suele darse a este término acepción despectiva, pero en este caso topamos con una singular excepción. Burriel pasó su vida tomando notas de cuanto creía interesante: Felipe II hubiera congeniado en sus despachos con nuestro querido amigo. Las apostillas de Burriel además de probar su inagotable curiosidad, en muchos casos resultan valiosísimas. Es rara virtud apuntar lo que parece baladí: los eruditos de turno desprecian sin duda cuanto no contribuye a la orquestación de un «capo laboro» intelectual. Pero Burriel apuntó de todo y para todos, porque —esto es importante— todos lucraban de sus inagotables notas. Cuentas minuciosas de magros caudales que recibía del Estado para sostener modestamente la Biblioteca Universitaria, precios de encuadernaciones, paciente nota de cuanto

### *Semblanza de dos bibliotecarios*

hallaba en visitas ocasionales a humildes pueblos aragoneses, dadas extremas de libros parroquiales, el dato curioso oído de viva voz al párroco o ecónomo de una iglesia perdida, anotaciones singulares sobre lecturas del momento, etc., etc. Y todo ello en una caligrafía nerviosa, de pendolista que gusta aprovechar el tiempo sin que por ello la cursividad impida la fácil lectura. Sus miles de notas, que por muchos años estuvieron confianadas junto a la ventana de su despacho particular de trabajo, me constan que han ido a manos de un pariente de Burriel; en su día la Institución «Fernando el Católico» creyó discreto llamar la atención de los deudos de don Mariano sobre la valía de estos apuntamientos, y sigue en pie la confianza de que este bagaje de aparentes fute-sas no se pierda, pues es fruto de muchas horas de trabajo y testimonio de muchísimo retazos de historia aragonesa, de difícil colección hoy día, cuando los testigos de muchos de ellos se los llevó ya el viento de la muerte.

Los años finales de don Mariano fueron tristes para deudos y amigos, pues la dolencia interrumpió las conexiones de Burriel con su entorno. Pero pienso que lo que unos y otros perdimos durante estos últimos pasos de Burriel por la vida, lo ganó con creces su ánimo, recogido en quintaesencias de mutismo y concentración espiritual.

\* \* \*

Dos aragoneses de pro nacidos en el bienio 1893-94, ahora descansan en la paz de los muertos: ambos unidos en la misma profesión a la que sirvieron por vericuetos vitales muy distintos y en coordenadas harto distantes. Pero a ambos une aquí y ahora este recordatorio que sólo pretende atestiguar unas semblanzas evidentemente parciales, incompletas y tal vez apasionadas por mor de la amistad y del respeto del que las acaba de trazar. Ambos hicieron Aragón a su manera, poniendo al servicio de sus semejantes sus saberes y sobre todo su condición humana, sin protestas ni nihilismos, antes al contrario con el alma en la mano; y así lo vieron sin duda cuantos quisieron valorar en lo justo los talentos en apariencia dispares del uno y del otro.